

## CAPÍTULO III

### La Lengua que Nació de la Tierra Dulce

Los primeros chokaní usaban dos formas de comunicación:

**Chorí** — La Voz: Lengua cotidiana, suave, vocal, musical.

**Sul'kan** — El Soplo: Lengua ritual entonada, mezcla de respiración y canto. Ambas se unieron para formar el idioma chokaní.

Antes de que existiera el Kanu'tsur, antes incluso de que el pueblo comprendiera que podía guardar la memoria en símbolos, hubo un tiempo más primitivo, casi instintivo, en el que las manos hablaban antes que la lengua. Aquel tiempo dio origen al **Protosur**, el primer sistema de señales de los chokaní. No era escritura. No representaba sonidos. Era, más bien, una forma de dejar huellas del pensamiento.

Los ancestros trazaban líneas simples sobre piedra, arcilla o troncos. Una marca vertical indicaba camino seguro. Una marca curva alertaba sobre una zona peligrosa. Un círculo incompleto señalaba agua cercana. Dos triángulos juntos marcaban el territorio de un clan.

Una tarde, Arami llevó a un grupo de aprendices a una pequeña colina donde los ancianos habían conservado las primeras piedras marcadas. Sahunar, el constructor Tupali, los esperaba allí, apoyado en su bastón.

—Mirad bien —dijo señalando una piedra lisa con incisiones—. Esto es lo que teníamos antes de tener palabras escritas.

Eriya pasó los dedos por las marcas.

—Parecen... dibujos.

—No lo son —corrigió Arami—. Son decisiones talladas.

Kalun se acercó.

—¿Se hacían antes de Chokán?

Sahunar asintió.

—Mucho antes. Los errantes necesitaban dejar señales para quienes vinieran detrás. No teníamos Kanu'tsur... pero sí la necesidad de decir sin estar presentes.

Eriya frunció el ceño.

—¿Y por qué no escribían palabras?

Todos sonrieron. Arami se arrodilló junto a ella.

—Porque aún no sabían que podían hacerlo. La dulzura todavía no nos había enseñado a escuchar letras. Solo señales.

Sahunar tomó una vara larga y trazó una línea en la tierra.

—Esta marca significa: “No vayáis por aquí.” La línea está firme, recta... un límite.

Luego trazó un semicírculo.

—Esto significa: “Hay algo bueno cerca.” Agua, frutos, descanso.

Eriya inclinó la cabeza.

—¿Y cómo sabían la diferencia?

—Por el contexto —respondió Arami—. El **Protosur** era una lengua que dependía del paisaje. Una marca en la montaña significaba una cosa... la misma marca junto al río significaba otra.

Kalun añadió:

—Era como hablar con gestos más que con palabras.

—Exacto —dijo Sahunar—. Y en un pueblo que caminaba todo el tiempo, los gestos eran nuestra forma de sobrevivir.

Los tres se acercaron a una roca grande, agrietada por el tiempo. Tenía cinco señales grabadas, alineadas como estrellas: Dos líneas rectas. Un arco pequeño. Un triángulo. Y un punto hundido en el centro.

Arami tocó el punto.

—Esta es antigua —dijo—. Mucho antes de Mirayá.

Kalun cerró los ojos para escuchar mejor.

—¿Qué decía?



Sahunar se cruzó de brazos.

—Decía: “Clan al sur. Agua al este. Montaña dormida. Camino seguro.” Todo eso... en cinco símbolos.

Eriya abrió la boca, impresionada.

—¿Y cómo sabéis leer eso?

Sahunar soltó una carcajada.

—No lo sabemos. Lo interpretamos. El **Protosur** no se lee como el Kanu’tsur. Se deduce.

Arami añadió suavemente:

—Y eso nos recuerda algo importante. La lengua escrita no nació para ser perfecta. Nació para no olvidar.

Kalun tomó una piedra pequeña y la observó a contraluz.

—Entonces... ¿el Protosur fue nuestra primera memoria?

Arami sonrió.

—Sí. Nuestra primera intención de dejar algo atrás... para que alguien más pudiera entendernos.

Eriya se abrazó las rodillas.

—Es como cuando un niño dibuja algo para que su madre lo vea.

—Exacto —respondió Arami, rozándole el pelo—. El **Protosur** era eso: el dibujo inocente de un pueblo que aún no sabía que podía escribir.

Y así, en la colina del viento, entre piedras marcadas y voces jóvenes, los niños entendieron que antes de tener palabras sagradas, el pueblo chokaní tuvo señales humildes... Pero fueron esas señales las que encendieron la chispa de todo lo que vendría después.

El Protosur había servido para sobrevivir, para dejar señales, para avisar. Pero el pueblo chokaní había cambiado. Ahora tenían un hogar, un círculo, un templo. Tenían un corazón en Tulpakán y una raíz en Chokán. El pueblo necesitaba algo más: una forma de guardar el alma del mundo. Y esa forma nació del árbol que les había enseñado todo: el **kanú primordial**.

Una tarde, mientras los Mirak'tul estudiaban los movimientos del viento dentro del templo, Arami notó algo extraño en el tronco del árbol. La luz del atardecer entraba por la apertura circular del techo, creando sombras que se movían como si respiraran.

—Kalun —llamó Arami—. Ven... mira esto.

El joven se acercó.

—¿Qué ves?

Arami señaló el tronco:

—Sombras... que parecen dibujos.

Kalun entrecerró los ojos.

—No son dibujos. Son... formas. ¿Pero de qué?

El anciano **Lumas**, que había entrado sin que lo notaran, respondió:

—De la tierra. De nosotros. Del cacao.

Eriya se acercó corriendo, curiosa.

—¿Qué significa eso?

Lumas se sentó en el suelo y golpeó suavemente la madera.

—Cuando la luz atraviesa el templo, el templo responde. Cada sombra es una letra que existe... pero que aún no conocemos.

Kalun frunció el ceño.

—¿Letras? ¿Como en una escritura?

Lumas lo observó con una sonrisa llena de intención.

—Exacto. El árbol nos está enseñando a escribir.

Durante semanas, los Mirak'tul se reunieron en el templo al amanecer y al atardecer, los momentos en que la luz era más baja y las sombras más largas. Arami, Kalun, Lumas y los demás trazaban en tablillas de arcilla cada sombra proyectada sobre el

tronco. A veces eran líneas. Otras, ángulos suaves. Otras, marcas que parecían huellas de viento.

Eriya observaba fascinada.

—Maestra Arami... ¿por qué cambian cada día?

—Porque la luz cambia —respondió Arami—. Y porque la dulzura nunca se muestra igual.

Sahunar, que había ido a observar el proceso por curiosidad, comentó:

—Parece una danza. Luz, sombra, tronco... y vosotros copiándolo todo.

Kalun suspiró.

—Sahunar, estamos perdidos. Hay demasiadas formas. Nunca terminaremos de escribirlas todas.

Lumas intervino:

—No tenéis que copiarlas todas. Solo las que regresan.

—¿Las que regresan? —preguntó Eriya.

—Sí —dijo Lumas—. Aquellas sombras que aparecen una y otra vez... son las que el kanú quiere enseñarnos.

Pasaron lunas enteras registrando, comparando y depurando. Hasta que un día Arami notó algo:

—Kalun... Mira estos. Se repiten.

Kalun puso las tablillas una junto a otra.

—Arami... son... **veintisiete**.

Lumas, apenas respirando, murmuró:

—El número de las respiraciones del ritual del sueño dulce.

El número de pasos del viento en la Ceremonia de las Espirales.

El número sagrado del cacao.

Sahunar abrió los ojos sorprendido.

—Entonces el kanú nos está diciendo... que la escritura debe tener veintisiete signos.

Arami asintió con solemnidad.

—Sí. Ni uno más. Ni uno menos.

Cada uno de los veintisiete signos fue pulido, entendido y nombrado. No eran letras. No eran dibujos. Eran puertas. Cada uno abría un mundo sonoro, natural y espiritual.

Arami los presentó en una asamblea pública.

—Pueblo chokaní —dijo sosteniendo una tablilla—, esto es el **Kanu’tsur**. La escritura que brota del cacao.

Kalun leyó los primeros símbolos: **Ka**: vida que empieza. **Chó**: protección dulce. **Ti**: inicio pequeño. **Na**: camino abierto.

Eriya, con los ojos brillando, preguntó:

—¿Y todos pueden aprenderlo?

Lumas rió, suave.

—Todos... los que sepan escuchar las sombras.

Hamar, curioso, preguntó:

—¿Y si alguien escribe mal uno de los signos?

Arami respondió:

—El viento se lo corregirá. El Kanu’tsur no castiga. Guía.

Kalun añadió:

—Y si un día olvidamos uno... solo tenemos que volver al templo. El kanú nos lo mostrará de nuevo.

El pueblo entero se reunió para presenciar el primer trazo oficial del Kanu’tsur. Arami tomó una vara y escribió sobre

arena húmeda: “**Ka Chó Ti Na**” — “La vida protege el pequeño camino abierto.”

Hubo un silencio reverente. Como si incluso el viento hubiera inclinado la cabeza.

Sahunar habló en voz baja:

—Arami... hemos creado algo que permanecerá más allá de nosotros.

Ella lo miró con una mezcla de orgullo y humildad.

—No lo creamos nosotros, Sahunar. Lo creó la dulzura. Nosotros solo aprendimos a verla.

El Kanu’tsur había nacido en el templo del kanú primordial, pero una escritura, como un árbol joven, no crece si no se le permite expandir sus raíces. A medida que Tulpakán florecía, también lo hacía su lengua. La ciudad se convirtió en un lugar donde el viento traía historias nuevas cada día, donde viajeros, agricultores, sanadores y oyentes del viento se mezclaban en un mismo círculo. Y en ese cruce constante de voces, la lengua chokaní comenzó a transformarse.

Una tarde, Arami y Kalun caminaban junto a la muralla exterior del templo, observando cómo los niños escribían Kanu'tsur sobre arena húmeda. Eriya estaba con ellos, dibujando un signo y borrándolo una y otra vez.

—Arami —preguntó la niña—, ¿por qué algunos dicen “Chó-ti-na” muy despacio... y otros lo dicen en un suspiro?

Arami sonrió.

—Porque la lengua es como el cacao, Eriya. Nadie lo bebe igual.

Kalun intervino, señalando el paisaje:

—Y porque Tulpakán ha crecido. Aquí vienen voces de todas partes: del valle, de las montañas, de Chokán...

Arami asintió.

—Por eso ahora tenemos dos maneras de hablar chokaní:

**Chokaní Alto:** La variante ceremonial, precisa, poética. La que usan los Mirak'tul en rituales y enseñanzas. Palabras largas, pronunciadas como si se acariciaran. **Chokaní de Valle:** El habla cotidiana, rápida, práctica. Mezcla sonidos del Chorí con

palabras prestadas de pueblos vecinos. Ligero como el paso de los niños corriendo en espiral.

Una mañana, mientras los clanes preparaban la apertura del mercado, Hamar escuchó a dos jóvenes Tupali discutir mientras cargaban madera.

—¡Pásame esa tabla, **rápi-na**! —dijo uno.

El otro rió.

—Rápi-na... eso no es chokaní. ¿De dónde has sacado esa palabra?

—La dicen los comerciantes de las tierras húmedas — respondió el primero—. Significa “apresúrate”.

Hamar sacudió la cabeza divertido.

—Así empieza todo —murmuró—. Un pueblo trae una palabra... y si funciona... se queda.

Kalun, que había oído la conversación, sonrió.

—Ese es el **chokaní de valle** —dijo—. Siempre creciendo, siempre cambiando. Como el viento que no se queda quieto.

Arami intervino:

—Y el **chokaní alto** lo contrarresta. Es la raíz. El que fija, sostiene y da forma.

Eriya alzó la voz:

—¿Y cuál es mejor?



Arami acarició su cabeza.

—Ninguno. Ambos son necesarios.

Kalun añadió:

—El alto nos recuerda quiénes somos. El del valle nos recuerda con quién vivimos.

Hamar se cruzó de brazos, satisfecho.

—Así se forma un pueblo de verdad.

Para organizar esta diversidad creciente, los Mirak'tul convocaron una gran asamblea en la Sala de las Sombras del templo. Sahunar, Hamar, Eriya, Arami, Kalun y ancianos de distintos clanes se sentaron en círculo.

Lumas abrió la reunión.

—Pueblo de la dulzura —dijo—, hoy celebramos algo importante: el nacimiento de un idioma vivo.

Un Tupali levantó la mano:

—¿Debemos prohibir palabras extranjeras?

Lumas negó con calma.

—No. La lengua que no crece... se pudre. Y la que crece demasiado... se rompe. Necesitamos equilibrio.

Arami añadió:

—El chokaní alto mantendrá las ceremonias puras. El chokaní de valle nos permitirá conectar con el mundo.

Hamar rió.

—¡Como dos ríos que desembocan en el mismo mar!

Kalun sonrió.

—Exacto. Y el mar es el pueblo chokaní.

Eriya preguntó:

—¿Y el Kanu'tsur? ¿Cambiará también?

Lumas cerró los ojos el tiempo suficiente para que todos entendieran que su respuesta era importante.

—El Kanu'tsur no cambia, Eriya. Es la raíz. Lo que cambia... es cómo lo usamos.

La niña asintió, comprendiendo.

Cuando terminó la reunión, Arami y Kalun salieron al exterior. El viento soplababa desde el norte, y el sonido del mercado llenaba el aire.

—El idioma cambiará —dijo Kalun—. Más de lo que imaginamos.

Arami lo miró fijamente.



—Y eso es bueno, Kalun. Un idioma inmóvil es un idioma muerto. Si la dulzura vive, la lengua vive.

Kalun inspiró profundamente.

—Entonces... estamos listos para el siguiente paso.

Arami asintió.

—Sí. La lengua ya ha encontrado sus dos alas. Ahora... debe aprender a volar.

Y así, entre soplos del viento y risas del valle, nació la dualidad lingüística que acompañaría al pueblo chokaní durante generaciones.

La llegada de Tulpakán no solo dio un nuevo hogar al pueblo chokaní; dio un nuevo horizonte a su lengua. Los símbolos del Kanu'tsur ya eran raíz. El chokaní alto y el chokaní de valle ya eran rama y hoja. Pero faltaba algo —la flor. Y esa flor brotó durante lo que después sería llamado la **Edad de Oro del Idioma**, un período en el que la palabra se convirtió en arte, la voz en ceremonia, y la memoria en canto. En ese tiempo aparecieron los **Kanu'sami**, los tejedores de palabra.

Los Kanu'sami eran poetas, narradores, sopladores rituales, artistas del sonido. No escribían para informar, sino para transformar. Tomaban palabras antiguas y las trenzaban como fibras de kanú hasta crear significados nuevos.

Una tarde, en la Plaza de los Vientos, Arami llevó a Eriya y Kalun a presenciar una demostración pública. En el centro del círculo, un Kanu'sami llamado **Tolmier** sostenía un trozo de tela pintada.

—Mira, niña —le susurró Arami a Eriya—. Vas a escuchar cómo el viento se convierte en palabra.

Tolmier elevó su voz:

—“**Na-cho-ti tulkaní...**” Camino pequeño que crece hacia la esperanza.

Eriya abrió los ojos con asombro.

—¡Eso no estaba en la frase original! —exclamó.

Kalun sonrió.

—Ahí está el arte. Tomar algo pequeño y volverlo grande... como hace el cacao.

Tolmier continuó:

—“**Ka-lu-cho turamí...**” La vida que protege con dulzura silenciosa.

Arami inclinó la cabeza.

—Ese hombre tiene un alma que escucha hondo — murmuró.

Los Kanu’sami introdujeron figuras nuevas, comparaciones nunca imaginadas: Metáforas de viento, para hablar de cambios

interiores. Metáforas de dulzura, para describir emociones suaves. Metáforas circulares, donde la frase regresaba al inicio para cerrar un ciclo.

Una noche, en la Sala de las Espirales, Tolmier enseñaba a un grupo de aprendices.

—Repetid conmigo —dijo, trazando un signo en la arena— : “**Churíma...**”

Los jóvenes repitieron el término.

—¿Qué significa? —preguntó uno.

Tolmier sonrió.

—Significa “agradecer en silencio”. Es el agradecimiento que no se pronuncia, pero que se siente desde los huesos.

Kalun susurró a Arami:

—No teníamos esa palabra hace unos años.

—Y ahora no podríamos vivir sin ella —respondió Arami.

Tolmier continuó:

—Otra palabra nueva: “**Kanútul...**” Enseñar dulzura sin palabras.

Eriya levantó la mano.

—¿Cómo se enseña dulzura sin palabras?

Tolmier rió con suavidad.

—Como hacen los árboles: ofreciendo sombra, fruto y calma... sin necesidad de hablar.

Arami le guiñó un ojo a Eriya.

—¿Lo ves? Por eso el idioma crece como el kanú.

Entre todas las palabras nuevas, hubo una que transformó el espíritu de la lengua: **tulkaní — esperanza que crece lento**.

Su origen fue accidental. Arami y Kalun se encontraban en el templo observando las sombras del kanú primordial.

—Kalun —dijo Arami—, ¿ves esa sombra? Parece un camino que se alarga poco a poco.

—Sí —respondió él—. Como la esperanza. Nunca llega de golpe... crece despacio.

Lumas, que estaba sentado detrás de ellos, murmuró:

—**Tulkaní**.

Ambos lo miraron, sorprendidos.

—¿Qué has dicho? —preguntó Arami.

—“**Tulo**”, lo redondo... “**kaní**”, lo que crece. **Tulkaní**: esperanza que avanza como una espiral.

Kalun lo repitió en voz baja, probando el sonido.

—Tulkaní... Sí. Esa palabra no existía. Pero siempre la necesitábamos.

Arami sonrió.

—Ahora pertenece al pueblo.

Durante la Edad de Oro, las obras que crearon los Kanu’sami se recitaban en reuniones, rituales y celebraciones. Las frases se movían en círculos, regresando sobre sí mismas, como si la lengua imitara la forma de la ciudad.

Sahunar, escuchando una recitación, comentó:

—Hablan como construimos. En espiral.

Tolmier respondió:

—Porque todo lo que es verdaderamente chokaní... termina volviendo al inicio.

Por primera vez en la historia, las palabras se convirtieron en canciones. Los oyentes del viento recitaban en Sul'kan, los Kanu'sami encadenaban metáforas, y los niños imitaban sonidos del Chorí mientras corrían por las calles.

Eriya, tomando la mano de Arami, preguntó:

—¿La lengua puede cantar?



Arami la miró con ternura.

—Eriya... la lengua nació para cantar. Solo estábamos esperando aprender a escucharla.

La Edad de Oro del Idioma trajo una belleza que el pueblo nunca había conocido. Fue un tiempo en que hablar era crear, y crear era recordar que la dulzura también se pronuncia.

A medida que Tulpakán se consolidó como el corazón del pueblo chokaní, los caminos hacia el valle se llenaron de viajeros, comerciantes, agricultores, sanadores y oyentes del viento. Esa circulación constante creó algo inevitable y hermoso: **Los dialectos**. No eran divisiones. Eran ramas nuevas de un mismo árbol, sombras diferentes proyectadas sobre el mismo tronco del kanú primordial.

Los primeros en separarse ligeramente fueron los habitantes de las laderas del norte, donde el viento soplaban fuerte y las noches eran más frías. Arami, Kalun y Eriya visitaron una de estas aldeas para estudiar cómo hablaban. Allí, el anciano **Múren**, curtido por el frío, los recibió con una sonrisa casi invisible.

—Bienvenidos a las Altas Rocas —dijo—. Hablamos chokaní... pero con dientes apretados.

Kalun intentó repetir una frase local:

—“**Chó-na-lim... tiri-kan...**” ¿Es correcto?

Múren negó con la cabeza.

—Kalun, aquí el viento corta las palabras. Las vuelve cortas y firmes. Escucha: “**Chó’nalim. Tirikan.**” Dos golpes. Como dos pasos sobre roca dura.

Eriya susurró:

—Parece que hablan rápido.

Múren rió.

—No hablamos rápido. Hablamos para no congelarnos la lengua.

Arami tomó nota.

—Sonidos cortos, sílabas comprimidas, vocales tensas... Un dialecto nacido del frío.

—Y del viento que muerde —añadió Múren, orgulloso.

En contraste total, en las aldeas próximas al Lago Azul, el chokaní sonaba distinto: suave, prolongado, ondulante. Arami escuchó atentamente mientras una pescadora llamada **Narel** explicaba:

—Aquí hablamos como el agua. Nada se dice de golpe.

Kalun probó una frase local:

—“**Na loo-chíi muraná...**”

Narel aplaudió.

—Muy bien. Pero estíralo más: “**Na looooo-chíiii muranááá...**”

Eriya se tapó la boca para no reírse.

—¡Es como si estuvieran cantando todo!

Narel sonrió.

—¿Y no es eso la vida cerca del lago? Todo se mece.

Arami tomó nota también.

—Sonidos ondulados... sílabas largas... palabras que parecen flotar. Un dialecto nacido del agua.

Los Tupali, que pasaban la mayor parte del tiempo levantando estructuras, desarrollaron un modo de hablar propio: práctico, directo, lleno de términos técnicos. Sahunar explicó a Arami y Kalun:

—No tenemos tiempo para palabras largas mientras cargamos piedra. Así que acortamos.

Un Tupali gritó desde lejos:

—¡Turom! ¡Ka-li! ¡Nas-ti-ra!

Eriya miró a Arami, desconcertada.

—¿Qué ha dicho?

Sahunar tradujo:

—“Trae cuerdas. Sube la base. Endereza el muro.”

Kalun se rascó la cabeza.

—Tres palabras para decir todo eso...

Sahunar se encogió de hombros.

—La construcción no espera. El viento tampoco.

Arami sonrió.

—Un dialecto nacido del trabajo.

Los Kanuyá, trabajando siempre alrededor de los árboles de cacao, crearon un modo de hablar cercano a la tierra, suave y lleno de diminutivos cariñosos. Hamar explicó:

—El cacao es tímido. Si le hablas brusco, no fermenta igual. Así que también aprendemos a suavizar la lengua.

Kalun intentó imitar una expresión Kanuyá:

—“**Ti-kana... chotirií...**”

Hamar lo miró con ternura.

—Kalun... eso suena como si regañaras al árbol. Es así: “**Ti-kanaaa... cho-ti-riiií...**”

Eriya sonrió.

—Parece que acaricias la palabra.

Hamar asintió.

—Porque estamos acariciando al cacao.

Arami cerró los ojos.

—Un dialecto nacido del cuidado.

A pesar de estas diferencias, hubo algo que jamás cambió: El Kanu'tsur seguía igual. Los veintisiete signos sagrados —Ka, Chó, Tí, Na, y los demás— eran comunes para todos.

En una reunión en Tulpakán, Lumas lo explicó así:

—El idioma puede cambiar en su sonido... pero el Kanu'tsur es la raíz. Todos los dialectos son ramas. Mientras exista el tronco, el árbol seguirá siendo uno.

Eriya levantó la mano:

—¿Entonces no importa que hablemos diferente?

Lumas sonrió.

—No. Importa que nos entendamos en la raíz.

Kalun añadió:

—La dulzura tiene muchos acentos. Pero siempre es dulzura.

Arami miró a su pueblo y dijo:

—Que hablen como el agua, como el viento, como la roca o como el cacao... Mientras escriban con Kanu'tsur, seguiremos siendo uno.

El tiempo pasó, las generaciones cambiaron, y con ellas también lo hicieron los sonidos de la lengua chokaní. Pero algo extraordinario ocurrió: La esencia no se movió ni un soplo. El chokaní, aun transformado, seguía siendo una lengua suave, ritual, impregnada de dulzura y memoria. Una lengua que se bebía igual que se pronunciaba.

En la Escuela de Oyentes del Viento, Arami explicaba a un grupo de jóvenes la historia del idioma.

—Mirad a vuestro alrededor —dijo señalando las tablillas de Kanu'tsur—. Hace generaciones que hablamos diferente... pero escribimos lo mismo.

Un aprendiz levantó la mano.

—Maestra Arami... ¿entonces hablamos mal?

Ella sonrió.

—Nadie habla mal cuando la lengua sigue viva. Solo habla... distinto.

Kalun añadió:

—Una lengua que no cambia es una lengua que muere. Y la nuestra... sigue creciendo como el kanú.

Eriya, ahora ya adolescente, intervino:

—Pero ¿cómo sabemos que seguimos siendo chokaní?

Arami tomó una vasija de choquitito, la agitó suavemente y la dejó frente a los niños.

—Porque el chokaní moderno sigue sabiendo a esto.

Los aprendices rieron, pero entendieron.

En el mercado de Tulpakán, una viajera extranjera escuchaba a dos chokaní conversar:

—“**Ti-na, choru... ti-na.**” —“**Sí, sí, viento suave.**”

La viajera frunció el ceño.

—Disculpad... ¿siempre habláis así? Parece que... saboreáis las palabras.

Hamar, que estaba vendiendo semillas de cacao, respondió con una sonrisa:

—Porque así es el chokaní. No se habla. **Se bebe.**

La mujer rio.

—¿Beber una lengua?

Kalun, que pasaba por allí, intervino:

—¿Has probado el choquitito?

—No.

Hamar le ofreció un cuenco.

—Entonces prueba primero esto. Luego entenderás cómo hablamos.

La viajera bebió, sorprendida por la mezcla de amargor y dulzura.

—Ahora dilo —le dijo Kalun—. **“Churíma.”**

Ella lo intentó:

—Chu...rí...ma.



Hamar aplaudió.

—¡Ahí lo tienes! La dulzura te salió por la lengua.

La viajera sonrió, con los ojos brillantes.

—Nunca había sentido... que una palabra tuviera sabor.

Kalun respondió:

—Es que en chokaní, las palabras también se cultivan.

En una reunión de ancianos, Sahunar observaba a los jóvenes debatir.

—Dicen “kuti” en vez de “kutí-ra-na” —gruñó un constructor mayor.

Lumas se encogió de hombros.

—Y nosotros decíamos “kutí-ra-na” en vez de “kutiránamú”, como decían los primeros errantes. Cada generación acorta o alarga lo que necesita. Así es la lengua.

Arami sonrió con calma.

—Mientras sigan escribiendo **“Ti Chó Na”** en Kanu’tsur... siguen siendo hijos del mismo viento.

Un anciano preguntó:

—¿Y no perderemos la esencia?

Kalun negó:

—La esencia no está en la forma. Está en la dulzura.

Eriya añadió, con una madurez nueva:

—Y en la memoria.

Los ancianos se miraron entre sí, satisfechos.

Hoy, el chokaní moderno conserva tres pilares: La **suavidad**: Las palabras nunca atacan. Incluso las más duras se pronuncian con un susurro que recuerda la dulzura del cacao. La **circularidad**: Las frases vuelven sobre sí mismas, como el movimiento del viento sobre Tulpakán. La **memoria viva**: Cada palabra sabe a algo: viento, cacao, agua, piedra, calor, sombra, dulzura.

En una ceremonia, Tolmier —ya mayor— recitó:

—“**La lengua chokaní no vive en la boca... vive en la respiración.**”

Arami, a su lado, añadió:

—Y mientras haya soplo, mientras haya dulzura, mientras haya pasos en círculo...

El pueblo respondió al unísono:

—“**El chokaní seguirá vivo.**”

Cuando los niños escriben sus primeras palabras en Kanu'tsur, los ancianos murmuran siempre la misma frase:  
**“Recuerda lo que dices. Porque lo que dices... recuerda.”**

Así es el chokaní moderno: una lengua que no solo nombra el mundo, sino que lo honra. Una lengua que se bebe. Una lengua que respira. Una lengua que guarda dulzura. La lengua del pueblo chokaní.



## CAPÍTULO IV

### El Don Dulce de los Dioses y el Árbol que Escucha

Antes de que existieran los vientos, antes de que un solo sonido rasgara el tejido del silencio, solo había **Tul'úm**. Tul'úm no era oscuridad. No era luz. No era vacío. Era un seno inmenso, tibio y sin forma. Una cuna que no contenía nada... y, sin embargo, lo contenía todo. Dentro de Tul'úm, las posibilidades dormían. Los futuros no nacidos flotaban como semillas esperando una brisa que nunca llegaba.

Ahí, en ese silencio perfecto donde incluso el tiempo dudaba en avanzar, ocurrió lo imposible. Una vibración. Un temblor pequeño, dulce, casi un latido. Y de ese latido emergió **Aru-Kán**, el Primer Espíritu.

Aru-Kán abrió los ojos lentamente. Cuando los abrió, Tul'úm se iluminó un instante, como si su despertar hubiese encendido una chispa en la nada. Su forma no era sólida: era una mezcla de luz, vapor tibio y dulzura concentrada. Su piel parecía hecha de niebla dorada. Donde pisaba, el silencio se abría y respiraba. Aru-Kán habló, pero su voz no tenía sonido:

era sensación pura, como una caricia suave rodeando todo lo que tocaba:

—Estoy solo.

Esa frase se expandió, llenando Tul'úm con un eco dulce y triste.

—Tengo dentro de mí dulzura... pero nadie con quien compartirla. —dijo, mirando su propia luz interior—. ¿De qué sirve un don si no encuentra un corazón donde anidar?

Sus palabras hicieron vibrar las paredes invisibles del seno primordial. Y entonces Aru-Kán tomó una decisión:

—Crearé un mundo donde la dulzura pueda despertar. Un mundo donde exista el eco de lo que soy. Un mundo donde no haya sólo silencio, sino respuesta.

Aru-Kán inspiró profundamente. Dentro de él, algo cálido se encendió. Un punto de luz que parecía latir como un fruto a punto de abrirse. Luego exhaló. Y su exhalación no era aire. Era dulzura pura, esencia primordial, tibia, luminosa, viva.

El soplo se extendió hacia afuera con suavidad, como si no quisiera romper nada. Pero no había nada que romper. Así que

creó. Donde la dulzura tocó el seno silencioso, este se encendió en blanco. Donde rozó sombras, las sombras se volvieron tierra. Donde cayó, nacieron ríos, montañas, valles, bruma y luz. Un paisaje entero se formó a partir de esa dulzura.

Pero cuando Aru-Kán contempló su creación recién nacida, su expresión se ensombreció.

—Todo esto es hermoso, —dijo— pero le falta alma. Falta lo que une la dulzura con los que habitarán este lugar.

Miró la tierra nueva, que respiraba con timidez como un niño recién nacido.

—Necesito un puente. Un ser que recuerde lo que yo soy.

Aru-Kán descendió a la tierra recién formada. La bruma lo recibió con calor. La luz joven vibró a su alrededor. Se arrodilló y apoyó ambas manos sobre el suelo. Entonces, una vibración suave, apenas perceptible, respondió desde abajo. Aru-Kán sonrió.

—Ah... aquí estás. —susurró.

La tierra se abrió ligeramente y un brote verde emergió, tímido como un suspiro. Aru-Kán pasó un dedo por encima de la hoja diminuta.

—Pequeño ser... no temas. Te verás crecer.

Luego sopló sobre el brote, no con dulzura esta vez, sino con intención. El brote tembló. Creció. Y creció. Y creció. Roots se extendieron como líneas de luz bajo la tierra. El tronco se ensanchó, vibrando con un pulso cálido. Las ramas se abrieron como brazos nuevos buscando cielo. Los frutos se formaron lentamente, llenando el aire de un perfume suave que jamás había existido.

Cuando el árbol estuvo completo, Aru-Kán dio un paso atrás.

—Serás puente. Serás memoria. Serás maestro.

El árbol se inclinó hacia él, como respondiendo a una llamada antigua. Y por primera vez, el **kanú** habló. No con voz humana, sino con un susurro profundo que ascendió desde su raíz hasta la copa:

—“**Aru-Kán...**” —dijo el árbol— “**EscUCHO.**”

Aru-Kán cerró los ojos emocionado.

—Entonces también enseñarás. Serás el oído de la tierra y la dulzura del espíritu. Serás vínculo entre lo divino y lo que algún día caminará sobre este mundo.

El kanú brilló desde dentro, como si una luz cálida recorriera su savia. Aru-Kán puso su mano sobre el tronco.

—Te dejo un don. Un susurro eterno de dulzura. Quien te escuche... escuchará un fragmento de mí.

El árbol respondió con una vibración suave, parecida a un corazón diciendo “sí”. Y así fue como el primer **kanú** se convirtió en: la primera memoria, el primer guardián, y el primer puente entre dioses y criaturas. En su sombra suave, aún no había seres. Pero el mundo ya esperaba. Y Aru-Kán, mirando su creación, pronunció:

—Ahora... falta quien sueñe contigo.

Fue entonces cuando el viento empezó a nacer.

El primer kanú permaneció inmóvil durante un largo tiempo, como si escuchara la respiración del mundo recién nacido. Sus ramas temblaban suavemente aun sin viento, como

si una canción secreta pasara de raíz a hoja. Aru-Kán lo observaba desde la distancia, sentado sobre una roca clara que él mismo había moldeado sin querer al tocar el suelo.

—No eres un árbol común, —dijo—. Eres puente, memoria... y también semilla de otros mundos.

El kanú abrió uno de sus frutos jóvenes, un gesto tan sutil como la apertura de un párpado. De su interior salió un aroma tibio, más antiguo que la propia luz.

—“**Aru-Kán...**” —susurró el árbol— “**Lo que soy... aún no lo entiendes.**”

Aru-Kán alzó una ceja, sorprendido.

—Ilumíname, entonces.

El árbol se estremeció, y sus ramas, aún tiernas, comenzaron a emitir un calor blando, similar al de una hoguera recién encendida, pero sin fuego. Aru-Kán acercó una mano. El calor no quemaba: acariciaba.

—Calor sin llama... —murmuró— ¿De dónde proviene?

El kanú respondió:

**—“Soy hijo de tu dulzura. Lo que tú creaste como esencia... yo lo devuelvo como vida.”**

Una luz leve corrió por el tronco, desde la raíz hasta la copa. Aru-Kán sintió un escalofrío, una mezcla de orgullo y humildad.

—Muéstrame más.

El kanú extendió sus hojas, y de pronto la sombra que proyectó a sus pies ya no era simple oscuridad. Esa sombra se movió. Pequeñas figuras aparecieron en ella: curvas de luz, remolinos suaves, imágenes fugaces de criaturas que aún no existían. Eran sueños.

—Un mundo dentro de tu sombra... —susurró Aru-Kán—  
¿Qué significa esto?

El árbol respondió con una vibración más profunda:

**—“Toda criatura duerme bajo algo. Yo cuidaré sus sueños antes de que existan.”**

Aru-Kán sintió que algo en su pecho se aflojaba. Sin seres vivos todavía, el kanú ya ofrecía refugio.

Entonces el árbol abrió tres frutos a la vez. Sus cascarones brillaban como si guardasen amaneceres atrapados. Aru-Kán dio un paso adelante.

—¿Qué contienen?

El kanú habló despacio, como si cada palabra fuera pesada:

—“**En cada fruto vive un don. Tres energías para tres futuros.**”

Las describió una por una: **Lúkar** — la dulzura que enseña; **Tunit** — el fuego suave; **Nura** — el recuerdo vivo.

Aru-Kán sostuvo el fruto contra su pecho.

—Entonces, árbol mío... tú guardarás el pasado, enseñarás el presente y alimentarás el futuro.

El kanú vibró con fuerza. Sus hojas emitieron un sonido leve, como campanas diminutas.

—“**Ese es mi propósito.**” Dijo el árbol. “**Y por eso me creaste.**”

Aru-Kán lo miró sorprendido.

—¿Tú crees que te creé a propósito?

—“**No.**” susurró el kanú— “**Pero tu intención de dulzura... me dio forma.**”

Aru-Kán sonrió por primera vez desde su despertar.

—Entonces no soy solo creador. Soy... origen.

—“**Y yo soy eco.**” respondió el árbol.

Aru-Kán se recostó bajo las ramas cálidas del árbol primordial. La sombra suave envolvió su cuerpo como un manto protector. Los frutos seguían brillando, tres corazones latentes de dulzura, fuego y memoria.

—Kanú... —dijo Aru-Kán con voz baja— cuando vengan criaturas a caminar sobre esta tierra, ¿les darás estos dones?

—“**Sí.**” dijo el árbol. “**Pero solo si vienen con dulzura.**”

Aru-Kán cerró los ojos.

—Entonces serán un pueblo que recuerde, que sueñe y que crezca. Serán hijos de la dulzura.

El kanú dejó caer una hoja luminosa sobre el pecho de Aru-Kán. Un gesto de aceptación. Y de destino.

Mucho tiempo después de que Aru-Kán dejara que el mundo siguiera creciendo por sí mismo, los primeros humanos llegaron a las tierras que él había moldeado con dulzura. Eran errantes, viajeros silenciosos que caminaban con cuidado, como si supieran sin saberlo que pisaban un territorio joven y sagrado.

Entre ellos estaba **Mirayá**, una mujer de mirada amplia y sensibilidad extraña, como si sus pensamientos respiraran más de lo habitual. Desde niña, Mirayá sentía que el viento le decía cosas que otros no oían. Susurraba indicaciones, pequeños avisos, fragmentos de lo que podía pasar. Pero nadie le creía plenamente, salvo un anciano llamado **Tural**, que siempre repetía: **“Donde el viento hable, escucha, Mirayá. No todos nacen para oír.”**

Mirayá escuchaba. Y por eso fue la primera en sentirlo.

Una noche, mientras el grupo descansaba en un valle húmedo lleno de bruma ligera, Mirayá despertó sobresaltada. Había oído algo. Pero no era viento, ni animal, ni sueño. Era un susurro profundo, como raíces moviéndose bajo su piel. Se incorporó y miró a su alrededor. Todos dormían.

—“**¿Quién... está ahí?**” —susurró ella, sin saber por qué hablaba.

Entonces lo oyó de nuevo. Una vibración dulce, suave, antigua:

—“**Ven.**”

La palabra no fue escuchada por los oídos de Mirayá. Sino por su pecho. Se levantó sin hacer ruido y caminó hacia la espesura del bosque, guiada por un llamado sin dirección clara y, sin embargo, imposible de ignorar. Los árboles se abrían a su paso. La bruma parecía apartarse. El aire se volvía cada vez más cálido. Hasta que lo vio.

En el centro de un claro circular, iluminado por una luz que no venía de la luna ni de ninguna estrella, se alzaba un árbol inmenso. El **kanú primordial**. Mirayá sintió que sus rodillas flaqueaban. Había visto muchos árboles en sus viajes... pero ninguno así. Este parecía vivo de un modo distinto. Su tronco respiraba. Sus ramas parecían escuchar. Sus frutos brillaban como ojos que acababan de despertar.

Mirayá dio un paso adelante.

—“**¿Eres tú... quien me llamó?**” —preguntó.

El aire vibró. Las hojas del árbol se movieron aunque no había viento. Y entonces, dentro del silencio del bosque, una voz se formó:

—“**Mirayá...**”



La mujer tragó saliva.

—“**¿Conoces mi nombre?**”

—“**Lo conozco porque tú lo recuerdas.**” respondió el árbol. “**Eres la que oye lo que otros no pueden.**”

Mirayá sintió un escalofrío.

—“**¿Eres... un espíritu?**”

El kanú respondió con un susurro que parecía venir de todas partes:

—“**Soy memoria. Soy puente. Soy sombra que sueña. Soy dulzura que enseña.**”

Mirayá dio un paso más, temblando.

—“**¿Por qué me has llamado?**”

El árbol dejó caer una hoja luminosa que aterrizó suavemente a sus pies.

—“Porque el mundo tiene dulzura... pero aún no tiene pueblo.”

Mirayá se arrodilló sin poder contener la emoción.

—“¿Pueblo? ¿Un pueblo de quién?”

—“De los que compartan la dulzura.” dijo el kanú. “De los que sepan escuchar. De los que no teman empezar pequeños.”

Mirayá tomó uno de los frutos caídos, cálido y suave entre sus manos. Al hacerlo, una oleada de calor recorrió su cuerpo. No era ardor. Era claridad. Imágenes pasaron ante sus ojos: un asentamiento circular, niños bebiendo una mezcla blanca, sombras que se volvían letras, un templo, una ciudad que respiraba en espiral.

Mirayá jadeó, abrumada.

—“Lo he visto...” susurró— “Un lugar que no existe aún.”

El árbol habló de nuevo:

—“Dulzura es camino. Donde se comparte... nace un pueblo.”

Mirayá lloró en silencio.

—“**Lo haré. Lo prometo. Honraré lo que me has mostrado.**”

El kanú primordial inclinó sus ramas hacia ella.

—“**Entonces... no estás sola.**”

Al amanecer, Mirayá volvió con su pueblo. Tural fue el primero en verla.

—Niña... ¿dónde estabas?

Mirayá respiró hondo.

—La dulzura me habló.

Los demás se miraron confundidos. Tural la tomó de los hombros.

—¿Qué escuchaste?

Mirayá alzó el fruto del kanú primordial, aún tibio en su mano. Y pronunció las palabras que cambiarían la historia entera del mundo:

—He encontrado un árbol que escucha. —dijo— Y nos ha dicho que un pueblo nos espera.

Tras la visión del kanú primordial, Mirayá comenzó a regresar al claro cada vez que el viento cambiaba de dirección. No por curiosidad, sino porque algo —o alguien— la llamaba desde dentro de la sombra del árbol.

Una noche en la que la luna permanecía oculta detrás de las nubes espesas, Mirayá sintió que la bruma estaba más densa que nunca. El aire no vibraba como otras veces. Esta vez... latía. Mirayá avanzó entre los árboles. Al llegar al claro, el árbol primordial estaba distinto: sus ramas brillaban con una luz suave y dorada, como si tres amaneceres se encendieran a la vez en su copa. Mirayá cayó de rodillas sin entender por qué. Entonces oyó una voz profunda, no la del kanú, sino otra:

—“**Mira hacia arriba.**”

Mirayá levantó lentamente la mirada. Y vio algo imposible. De entre las hojas surgió una criatura diminuta y radiante. Sus alas vibraban tan rápido que parecían un círculo perfecto de luz. Su cuerpo era dorado, como si estuviera hecho del primer rayo de sol jamás creado. La criatura se posó delante de Mirayá y habló con una voz aguda y clara:

—Soy **Tul-Kaná**, hijo del viento y del amanecer. Guardo el crecimiento.

Mirayá se llevó una mano al pecho.

—¿Crecimiento de qué?

El colibrí voló en espiral alrededor de ella.

—De lo pequeño. De lo dulce. De lo que nace débil y necesita ser protegido. —Se posó en una rama baja—. Sin mí, el kanú no aprende. El niño no avanza. La semilla no despierta.

Mirayá inclinó la cabeza, reverente.

—Te honraré.

Tul-Kaná inclinó sus alas en señal de aceptación.

La luz dorada desapareció. De pronto, todo el claro quedó sumergido en una penumbra suave y cálida, como si un velo de sueño hubiera caído sobre el lugar. Una brisa tibia rozó el rostro de Mirayá.

—“**No temas...**” —susurró una voz melodiosa.

De la sombra salió un espíritu femenino hecho de niebla. Sus cabellos flotaban como humo blanco. Sus ojos eran dos lagos tranquilos.

—Soy **Miru'ka**, guardiana del sueño dulce.

Mirayá traspasó los labios apenas.



—¿Del sueño?

—Sí, —respondió Miru'ka— del descanso que cura, del olvido que sana, del sueño donde lo imposible se vuelve semilla.

La figura se acercó.

—Cuando los niños lloren... yo los acunaré. Cuando el pueblo teme... yo les daré calma.

Mirayá sintió un estremecimiento cálido, como si hubiera recordado un abrazo antiguo.

—Gracias...

Miru'ka sonrió con dulzura.

—El agradecimiento es una forma de dulzura. Y yo cuido de toda dulzura que necesite dormir.

La luz del claro cambió por tercera vez. La tierra vibró bajo los pies de Mirayá. Un sonido, grave como un tambor, surgió de las entrañas del suelo. Del tronco del kanú primordial se abrió una grieta pequeña, como si la corteza respirara. De su interior emergió una figura oscura y robusta, formada de madera viva y de lava suave. Sus pasos eran pesados, pero su presencia no era agresiva. Era... protección.

—Soy **Aru'Lúm**, la raíz que guarda el calor del mundo.

Mirayá tragó saliva.

—¿La raíz...?

Aru'Lúm se inclinó hacia ella, y su voz resonó en la tierra misma:

—Protejo lo que está debajo. Lo que sostiene. Lo que permanece cuando todo cambia.

Alzó una mano grande, de madera tibia, y tocó el suelo.

—El pueblo que vendrá necesitará fuerza. Tú, Mirayá, necesitarás firmeza.

Mirayá sintió que sus piernas dejaban de temblar.

—Aru'Lúm... ¿cuidarás de nosotros?

—De tu pueblo sí,—respondió con solemnidad— siempre que recuerde su dulzura.

Entonces los tres espíritus se colocaron alrededor de Mirayá: **Tul-Kaná**, vibrante, ascendiendo en círculos dorados. **Miru'ka**, flotando en un aura de sueño y calma. **Aru'Lúm**, firme como una montaña cálida.

Los tres hablaron a la vez, en una voz que fue viento, sombra y raíz:

—El mundo tiene dulzura. Ahora necesita guardarla.

Mirayá sintió que su cuerpo se llenaba de una energía nueva, indescriptible.

—¿Cuál es mi papel? —preguntó con voz temblorosa.

Los tres respondieron:

—Ser la primera en escuchar. Ser la primera en compartir. Ser la que enseñe que la dulzura es un camino, no un regalo.

Mirayá inclinó la cabeza, emocionada.

—Prometo ser digna.

Tul-Kaná se posó en su hombro. Miru'ka tocó su frente con un dedo de niebla. Aru'Lúm puso una mano en el suelo, y un círculo de luz dorada rodeó a Mirayá. Así quedó sellado el **primer pacto** entre humano y espíritus guardianes.

Cuando Mirayá regresó al campamento con el fruto del árbol primordial en las manos, su pueblo no sabía qué pensar. Había salido sola, de madrugada, guiada por algo que nadie más había oído, y volvía con una mirada distinta: una mezcla de asombro, dulzura y destino.

Tural fue el primero en acercarse.

—Niña... ¿qué traes ahí?

Mirayá abrió las manos. El fruto brillaba suavemente, como si tuviera un sol pequeño encerrado bajo la piel.

—Esto es... conocimiento. —dijo ella— Dulzura viva.

Algunos retrocedieron. Otros se inclinaron para ver mejor. El anciano Tural tomó aire lentamente.

—¿Es del árbol que escuchaste?

Mirayá asintió.

—Y quiere que lo compartamos.

El pueblo se reunió alrededor de una fogata pequeña. Era de noche, pero la bruma brillaba bajo la luz del fruto. Hamar, la más hábil entre ellos para abrir frutos sin dañarlos, tomó la vaina.

—¿Estás segura? —preguntó a Mirayá.

—El árbol dijo que era para todos.

Con manos cuidadosas, Hamar abrió la cáscara. Un aroma suave, espeso y tibio llenó el aire. No era dulzor común. Era algo más profundo, algo que recordaba al calor del pecho, al abrazo de un ser querido, al primer suspiro al despertar.

Los niños empezaron a acercarse, atraídos por el olor. Eriya, que era la más pequeña, preguntó:

—¿Eso se come?

Mirayá sonrió.

—Se bebe.

—¿Cómo? —preguntó un hombre.

Mirayá cerró los ojos y recordó las instrucciones del kanú:

**“La dulzura no se toma sola. Se comparte.”**

—Necesitamos agua, fuego suave... y paciencia.

Tural dio un paso adelante.

—Entonces haremos lo que el árbol dijo.

Trajeron un cuenco de barro. Añadieron la pulpa blanca y tibia del fruto. Luego echaron un poco de agua del río cercano, clara como la madrugada. Aru'Lúm, invisible para el pueblo pero no para Mirayá, susurró desde la raíz del mundo: **“Fuego suave. No fuerte.”** Mirayá repitió:

—Muy poca llama. Debe calentarse, no hervir.

Hamar obedeció. Mientras el cuenco se calentaba, Tul-Kaná sobrevolaba el líquido y dejaba caer partículas doradas que nadie más podía ver. Miru'ka sopló una brisa cálida que mezcló la bebida con un movimiento espiralado perfecto.

Tural murmuró, maravillado:

—Es como si algo... se moviera dentro.

Mirayá simplemente dijo:



—Lo está.

Cuando la bebida estuvo lista, Mirayá tomó el cuenco. El líquido era espeso, blanco, suave, aún tembloroso por el calor. Olores dulces, ácidos, suaves y profundos se mezclaban en un equilibrio imposible.

—¿Cómo se llama? —preguntó una mujer.

Mirayá sonrió. Recordó una palabra que el árbol había murmurado: cho-tí (pequeño inicio, algo tierno, algo que merece cuidado).

—**Choquitito.** —dijo ella—. El primer sorbo pequeño de la dulzura.

Tural asintió con emoción.

—Entonces pruébalo tú primero, Mirayá. Si el árbol te habló, también te permitirá beberlo.

Mirayá llevó el cuenco a los labios. El primer contacto fue amargo. Tan amargo que por un instante pensó que había entendido mal. Pero luego... luego llegó la dulzura. Una dulzura suave, profunda, que no se imponía. Una dulzura que parecía venir de la memoria misma del mundo. Una dulzura que abría puertas interiores.

Mirayá sintió calor en el pecho. Vio un destello: un pueblo en círculo, en un futuro lejano. Al abrir los ojos, tenía lágrimas.

—Es... nosotros. —susurró— Lo que seremos.

Tural tomó el cuenco.

—Entonces... que todos bebamos nuestro futuro.

Uno por uno, los miembros de la comunidad probaron el choquitito. Cada uno sintió algo distinto: unos sintieron calma, otros claridad, otros un recuerdo dulce que no sabían que guardaban, otros un impulso de caminar hacia adelante.

Eriya, la niña, bebió y dijo:

—Sabe a mamá.

Hamar sonrió.

—Sabe a todo lo que queremos proteger.

Tural murmuró:

—Sabe... a casa.

Mirayá escuchó entonces la voz del kanú en lo profundo de su pecho: **“La dulzura es camino. Donde se comparte...”**

**nace un pueblo.”** Y el pueblo, sin saber que estaba repitiendo un destino, dijo al unísono:

—Que el choquitito sea memoria.

Fue así como nació la **primera ceremonia del choquitito**, un ritual que acompañaría al pueblo chokaní por generaciones: amargo al inicio, dulce al final... como la vida.

Tras la primera ceremonia del choquitito, algo cambió en el campamento. No fue una emoción pasajera. Fue algo más hondo, más antiguo, como si la tierra misma hubiera aceptado un nuevo latido. Los adultos hablaban en voz baja. Los niños estaban extrañamente calmados. Incluso la bruma parecía moverse en círculos, como obedeciendo a un ritmo sagrado.

Al caer la tarde, Tural reunió al pueblo alrededor del fuego.

—Hoy hemos compartido una dulzura que no pertenece solo a nosotros,—dijo con voz firme— sino al mundo que nos espera. Y cuando algo sagrado se comparte... debe honrarse.

Mirayá, que permanecía de pie junto al cuenco vacío del choquitito, sintió que una presencia invisible se acomodaba detrás de ella: Tul-Kaná, Miru’ka, Aru’Lúm. Los tres espíritus

guardianes habían vuelto. Aunque nadie más podía verlos, Mirayá notaba su calor, su vibración y su soplo.

Tural levantó su bastón.

—Es hora de hacer un juramento.

La gente murmuró en silencio. Nunca habían hecho un pacto colectivo. Nunca se habían sentido pueblo... hasta esa noche.

Mirayá dio un paso adelante.

—Este juramento no lo impongo yo, —dijo con voz suave— sino el árbol que escucha.

Todos guardaron silencio. Mirayá levantó el cuenco vacío. Todavía quedaban rastros de pulpa blanca en las paredes de barro.

—El kanú primordial nos ha dado tres dones. —Tul-Kaná descendió sobre su hombro, invisible para los demás—. El don del **crecimiento**, para que lo pequeño pueda volverse fuerte. —Miru'ka sopló una brisa cálida detrás de ella—. El don del **sueño dulce**, para que el miedo no gobierne nuestros días. —Aru'Lúm colocó su mano enorme de raíz espiritual sobre la

tierra—. Y el don del **recuerdo vivo**, para que no olvidemos nuestros pasos.

La comunidad escuchaba embelesada, sin entender del todo, pero sintiendo algo verdadero en sus palabras. Mirayá tomó aire y dijo:

—Si aceptamos sus dones... debemos prometer algo a cambio.

Tural cerró los ojos.

—¿Qué pide el árbol?

Mirayá sintió la voz del kanú, profunda como una raíz tocando su pecho: **“Pide dulzura.”** La joven habló:

—El árbol pide que **nunca usemos la dulzura para herir**. Que **nunca convirtamos el conocimiento en arma**. Que **nunca olvidemos que la dulzura no es poder... sino camino**.

Una mujer del grupo preguntó:

—¿Y si alguien rompe esa promesa?

Mirayá inclinó la cabeza. Su voz cambió: se volvió más grave, más antigua, más resonante. Era el kanú hablando a través de ella.

—Quien quiebre la dulzura... **perderá su sabor.**

Un escalofrío recorrió al grupo.

—¿Perder su sabor? —preguntó un joven.

—Sí, —dijo Mirayá— el dulzor del fruto se volverá amargo en su boca. El choquitito no les dará claridad. El cacao les sabrá vacío.

Tural golpeó el suelo con su bastón.

—¿Por cuánto tiempo?



Mirayá escuchó. Y respondió:

—Un ciclo de luna. Hasta que vuelva la luz... y el corazón recuerde lo que olvidó.

La comunidad se miró entre sí. No era un castigo cruel. Era una consecuencia. Un recordatorio. Mirayá levantó el cuenco hacia el cielo rojizo.

—Entonces repetid conmigo.

Todos alzaron la voz, a veces temblorosa, a veces firme:

**“Que la dulzura sea escudo. Que el viento sea verdad”.**

Los espíritus guardianes se unieron al juramento: Tul-Kaná descendió sobre las cabezas de los niños como una chispa dorada. Miru’ka extendió un manto de calma sobre los corazones. Aru’Lúm hundió su energía en la tierra, sellando el pacto en las raíces del mundo. Mirayá cerró los ojos. El kanú primordial habló a través del viento: **“Juramento aceptado.”** La comunidad sintió un temblor suave en el suelo. Era la tierra diciendo “sí”.

Y así nació el **Juramento del Cacao**, el pacto ancestral que uniría al pueblo chokaní durante generaciones: un pacto simple, bello, y profundamente verdadero: **La dulzura no se guarda. Se comparte.**

La bruma volvió, sí. El viento volvió. El calor tibio de la tierra regresó. Pero no eran exactamente los mismos. Porque Mirayá había escuchado lo que nadie más había oído. Y los espíritus guardianes sabían que algo, en algún lugar del hilo del tiempo, había empezado a vibrar.

El pueblo dormía tranquilo. Mirayá no. Cada vez que cerraba los ojos, veía tres cosas: una palabra que aún no existía, un acto de bondad que todavía no había sido realizado, y un viaje hacia un lugar que aún no tenía nombre: **Chokán**.

Una noche, mientras los demás dormían, Mirayá volvió al claro. El árbol, aunque débil, emitía un halo suave.

—¿Volverás a oscurecer? —preguntó ella.

El kanú respondió con un susurro tan bajo que casi se confundió con la brisa:

—“**Solo si olvidáis quiénes sois.**”

Mirayá bajó la mirada.

—¿Y cómo evitamos olvidar?

El árbol dejó caer una hoja luminosa a sus pies.

—“**Recordando. Repitiendo la dulzura. Contando lo que viviste.**”

Mirayá tomó la hoja. Y en ese momento entendió algo que cambiaría la historia: No bastaba con sentir dulzura. Había que transmitirla.

Aquella noche, sola en el claro, Mirayá pronunció en voz baja las palabras del kanú:

—Una palabra verdadera... Un acto de bondad... Y un regreso a Chokán...

Eran semillas. Pequeñas. Frágiles. Pero capaces de detener una sombra que aún no había nacido.

Mirayá miró el cielo. La primera estrella de la noche brillaba con fuerza. Y ella sonrió, porque comprendió que la dulzura no era un regalo perfecto. Era un camino vulnerable que debía cuidarse cada día.

El kanú primordial murmuró por última vez esa noche:

—“**Mientras una sola voz repita la dulzura... la oscuridad no vencerá.**”

Mirayá se inclinó y tocó la raíz caliente del árbol.

—Entonces... no dejaré que se pierda.

El viento respondió con un soplo suave, como si Aru-Kán escuchara desde algún rincón del mundo nuevo. El destino estaba escrito. La historia apenas comenzaba.

